

ENTRE LAGRIMAS Y SOLLOZOS...

Revelaciones del pastelero de Alfonso XIII

Ahora tiene setenta y un años y vive para el recuerdo, con él y en él. Su mucho trabajo le distrae siempre de estos recuerdos que vivos, reposan solitarios en un rincón de su memoria. Nosotros vamos a interrumpir su silencio. Y sacarán los recuerdos a flote...

La emoción es grande, tanto que Pedro González, un hombre de gran corazón, que triunfó siempre por su bondad, no se resiste a tan bellos recuerdos y se deshace en lágrimas. Francamente, su estampa es emocionante. ¡Cuánto pudo querer al rey...

—Todo hubiera sido poco para darle —dice enormemente convencido—. Sólo hacía falta mirarle a la cara para quererle.

Pedro González fue el pastelero de Alfonso XIII, jefe de la real repostería. Hoy tiene su propio establecimiento, acreditado en todo Madrid, y es propietario de una moderna cafetería.

—¿Serviría ahora al príncipe Juan Carlos?

—Nunca me lo pidieron, y yo por naturaleza prefiero pasar desapercibido; pero si me lo pidieran, tampoco tendría inconveniente.

TODO SE LO DEBE A SU FALLECIDA ESPOSA

Un día de 1920, Gerardo Ferrer, inspector general de los reales palacios, se llegó sin más al domicilio de Pedro González, ofreciéndole de parte del rey el puesto de jefe de la repostería de la Casa Real. Nuestro hombre quedó asombrado y no supo qué decir. La oferta estaba ya hecha.

—Que conste que me obligó mi...

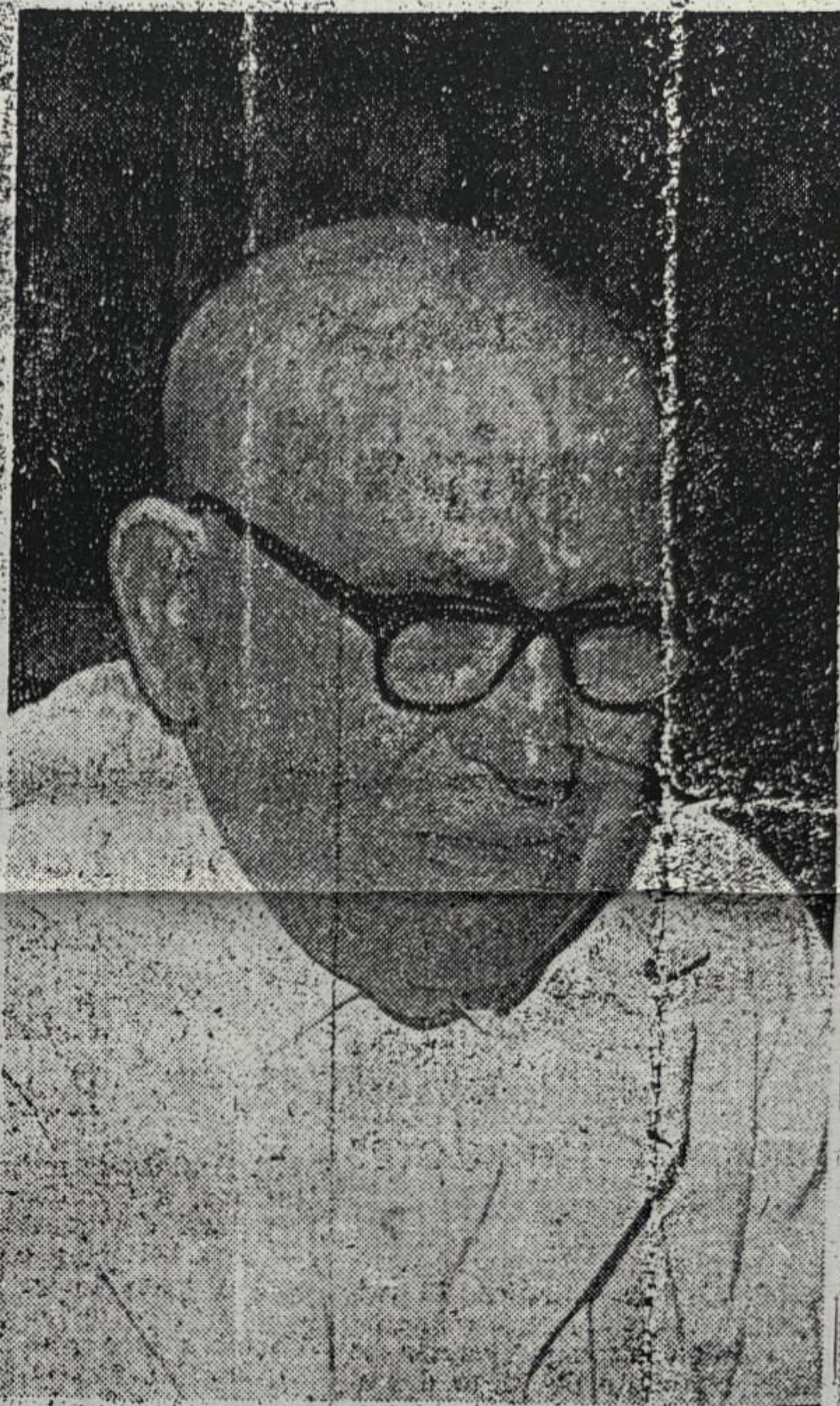
★
**MI SUELDO
ERA DE
SEIS PESETAS**

★
**Don Alfonso
sólo tomaba el
café puro y
sin azúcar**

Todos reímos por la gracia del rey, pero él pidió mil excusas por habernos molestado y dio las gracias repetidas veces. Cuando se alejó nos obsequió con pitillos a todos los que allí estábamos.

Llegados a este punto don Pedro vuelve a emocionarse alabando la corrección del rey. No encontraba palabras para definir su bondad.

—Otro día pasé muchísima vergüenza. No sé por qué se me ocurrió subir por la escalera real. Llevaba yo en la mano una compotera con guindas en almíbar, cuando me topé de frente con don Alfonso XIII. Con



El pastelero del rey llora cuando recuerda aquellos tiempos... —(Foto SUNO).

—Todos estaban sentados a la mesa menos don Alfonso. Pasaba el rey de un lado para otro, inquieto, con las manos atrás. "Majestad, haga el favor de sentarse a cenar" le dijeron. "¿Cómo quiere usted que cene si no puedo...?" Aquella noche no se cenó en palacio, porque todos esperaban a que lo hiciera el rey.

De nuevo llega la emoción a los ojos de don Pedro, que no puede resistir tantos recuerdos en una sola noche. Hemos venido a romper su silencio, a perturbar su soledad.

"El pastelero del rey". Parece el título de una novela rosa, pero es

Que conste que me voyo a mujer a ir. Yo le dije a ella que no iba a saber cumplir en palacio, han educado es porque te quieren. De modo que me presente en palacio, y al día siguiente entraba ya en funciones.

Recuerda también don Pedro cómo el primer día que condimentó los dulces del rey, éste le hizo llamar para conocerle y felicitarle personalmente. Comenzó entonces una vida de emociones para el sensible corazón de Pedro, que tenía veintisiete años. A sus órdenes trabajaban ocho operarios más, reposteros, todos ellos mayores que él y algunos sexagenarios.

AFERRADO CON CARINO A SUS DOCUMENTOS

Don Pedro González conserva infinidad de documentos de la época en que sirvió al rey. Los guarda como el más preciado tesoro y lamenta la pérdida de los más queridos durante la guerra civil. Entre ellos estaba la cariñosísima carta de Alfonso XIII, en respuesta a la suya por la que daba el pésame al rey por la pérdida de su madre doña María Cristina.

Conserva, sin embargo, los permisos de la Casa Real extendida para que Pedro González tuviera libre acceso a todas las dependencias y jardines de palacio, así como a la Casa de Campo, en aquellos tiempos como real.

—Yo siempre estaba donde marchaba el rey. Con ellos visité toda España. Una vez que salió él para Italia fui invitado también; pero me tuve que quedar en Madrid, porque mi esposa no quiso que la dejara sola.

El sueldo del que don Pedro disfrutaba en palacio era de seis pesetas diarias, o sea, ciento ochenta al mes, muy preciado en aquellas fechas.

LA EDUCACION Y BONDAD DE UN REY

Cuando Pedro González habla del rey se emociona, hasta el extremo de derramar abundantes lágrimas de reconocimiento. Luego, con palabras entrecortadas, nos va narrando los múltiples encuentros que con él tuvo.

—Un día fuimos de cacería, y como yo además de repostero condimentaba algunos platos para Sus Majestades, aquel día hice yo la comida en el campo. Don Alfonso vio cómo yo tiraba la tortilla al aire para darle la vuelta en la sartén y aquello le hizo mucha ilusión. Me dijo entonces que si por favor podía él probar. En seguida le fue a él preparada otra tortilla, y cuando con todo cuidado la lanzó al aire, media cayó al fuego y otra media en la sartén.

frente con don Alfonso XIII. Con asombrosa corrección me pidió permiso para coger una y me felicitó por las lucas que estaban. Al final me dio las gracias por haberle permitido probarlas. Yo me llevé con aquello un sofocón que nadie puede imaginar y me prometí no volver a utilizar aquella escalera.

EL DESAYUNO DE ALFONSO XIII

—Realmente, no pararía nunca de contar. Don Alfonso era magnífico en todo. Nunca despreció un plato ni porque estuviera mal condimentado, ni porque no le gustase, ni porque se hubiera servido con retraso y estuviera frío. La servidumbre era para esto más quisquillosa que él, pues, ¡cuántas veces los sirvientes nos hicieron cambiarles el plato! Sin embargo, él jamás.

—¿Cuál era el desayuno del rey, don Pedro?

—Siempre era el mismo: un par de chuetas de cordero o de ternera, indistintamente, con unas patatitas fritas, y detrás café. Café puro y sin azúcar, de otra forma no lo podía tomar. En palacio, cada cual tenía sus gustos que no cambiaba. Por ejemplo, el príncipe de Asturias siempre desayunaba chocolate a la española, y la reina María Cristina, chocolate a la francesa.

Todos los días se servían en la mesa real de catorce a diecisiete cubiertos. Los festivos, sin embargo, habían de usarse dos comedores, el rojo y otro más, porque siempre había invitados: los ayudantes de Su Majestad.

—A la reina le encantaban los platos fríos, sobre todo, el pollo al aspín. Don Alfonso XIII comía de todo, y los menús eran de lo más variado.

LA TERRIBLE NOCHE EN QUE ABANDONARON ESPAÑA

Cuando aquello ocurrió ya don Pedro no servía en palacio y se había establecido. Pero esto lo supo por boca el personaje más directo, el "maitre-hotel", ya fallecido.

Compañía Telefónica Nacional España

En las Oficinas del Area de Conservación de esta Compañía, sitas en la calle Salado número 1, de esta población, se admiten solicitudes para aspirantes a alumnos mecánicos y alumnos peones de redes.

Los interesados pueden ponerse en relación con dichas oficinas, en donde les será facilitada toda la información correspondiente.

título de una novela rusa, pero es algo más que eso, es la vida misma. Un hombre que sabe amar y saber ser agradecido. Un hombre que desea pasar desapercibido donde quiera que esté; por eso aquello que pudiera haber sido el rótulo de su pastelería no lo fue nunca, porque nunca quiso alardear de lo que fue.

EL TESON DE SU MUJER

Cuando don Pedro pudo establecerse por su cuenta, en el año 1926, salió de palacio. Puso entonces una confitería en el número 29 de la calle Magdalena; pero en aquel tiempo dos pasteleros más abrieron dos grandes establecimientos cerca de la del señor González.

—Entonces yo pensé que lo mejor era quitarla porque aquello nos restaría clientela. Mi mujer, como siempre decidida, me dijo al saberlo: "Tú puedes irte si quieres, pero yo me quedo, y ya buscaré un oficial, ya verás cómo salimos". ¿Cómo iba a dejarla yo? Pusimos todo nuestro empeño, y en muy poco tiempo nos "cargamos" a las dos pastelerías, que tuvieron que marcharse porque no consiguieron clientela.

Mi esposa, por la que ganamos todo, ya que yo no tengo espíritu de luchador, murió en el año 51.

Y, actualmente, don Pedro sigue abasteciendo a pasteles a lo mejor de Madrid. Su especialidad son las tartas, que no tienen comparación. El tiene setenta y un años y sigue siendo el jefe de la familia. Sus hijos le ayudan en todo y son quienes mantienen el negocio a las órdenes de don Pedro.

Varias veces se ha solicitado para este hombre la Medalla del Trabajo, ya que desde los ocho años lleva trabajando a un promedio de catorce horas diarias. Yo sé que la petición se ha tenido en cuenta, pero no ha habido oportunidad. Esperamos de verdad que ahora sea llegado el momento. Don Pedro se ruboriza al saberlo, preferiría seguir encerrado y aferrado a sus recuerdos, sin salir a la luz; pero nosotros sabemos que sería el mejor premio que podría concedérsele por sus servicios a la corona de España y su abnegado trabajo.

El hombre pequeño que un día a los ocho años, salió de su pueblo, el Casar de Talamanca, para poder mantener a su madre y sus siete hermanos, y que más tarde supo triunfar en Madrid, bien merece el galardón que apuntamos.

JOSE LUIS VALVERDE

LA cuantía de las becas será de terminada en razón de las necesidades económicas de la familia.